

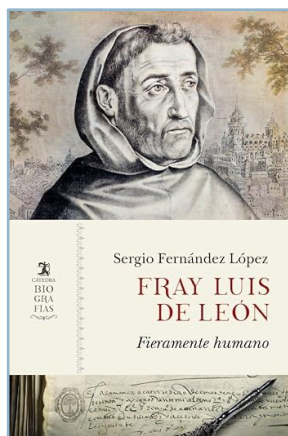
FERNÁNDEZ LÓPEZ, Sergio, *Fray Luis de León: fieramente humano*, Madrid, Cátedra, 2025. ISBN: 978-84-376-4936-8. 558 págs.

Ludmila PONCE DE LEÓN

Universidad Nacional de General Sarmiento (Argentina)

mlponcedeleon@campus.ungs.edu.ar

<https://orcid.org/0009-0002-5346-1508>



Entre los personajes que componen el escenario poético áureo, fray Luis de León encierra una particularidad, pues, como han señalado diversos expertos, el maestro salmantino fue el primer humanista español en lengua vulgar. Aquel que se haya adentrado en su obra sabrá que cada texto destila un vasto y profundo conocimiento en diversas materias: la tradición bíblica encuentra su cauce en las fórmulas y tópicos de la gran poesía clásica. La lectura, estudio y traducción de los poetas de la Antigüedad inspiraron en él la búsqueda de una forma poética en castellano que pudiera

paragarse a la lírica clásica: inicia así la difusión de la oda en el contexto español.

Una figura de la importancia de fray Luis ha sido y continúa aún siendo objeto de numerosas indagaciones. Sergio Fernández López, profesor de Literatura Española en la Universidad de Huelva y especialista en textos bíblicos y humanistas, se suma a esos esfuerzos con una reciente biografía que muestra el lado más humano e íntimo del poeta agustino: *Fray Luis de León: fieramente humano*. En este dedicado estudio, compuesto de seis apartados —cuyos momentos nucleares señalaremos—, la vida y obra del maestro salmantino confluyen para esbozar a un hombre que, a pesar de su carácter recio y su amplia formación, no pudo escapar de los avatares de «esta cárcel baja, oscura»: conflictos familiares, crecimiento intelectual, ascenso académico, envidias y acusaciones son algunas de las vicisitudes que enfrentó el agustino y que exponen su existencia sensible. Para «bajar el mito a lo cotidiano» (pág. 13), Fernández López hilvana en su narración numerosos testimonios, declaraciones y documentos que arrojan luz sobre este personaje.

El autor dedica el primer capítulo de su libro, «Los orígenes familiares de fray Luis de León», a tratar los ascendientes familiares de los León con un doble propósito: por un lado, situar a fray Luis en su historia genealógica y explorar sus orígenes hebreos; y, por otro, demostrar que su familia, si bien no ignoraba ese linaje, se encontraba ya muy lejos de aquellos orígenes. La historia genealógica que reconstruye Fernández López comienza con el tatarabuelo del agustino, Alvar Fernández de León (o Ponce de León), quien llegó a tierras belmontinas para encargarse de la alcaidía de la Fortaleza Vieja. Este momento es central, ya que establece la base de la identidad familiar ligada a la hidalguía, que las generaciones venideras defenderán con empeño para su propio beneficio: por medio de interminables pleitos legales, Lope de León, padre de fray Luis, defendió la nobleza de sus antepasados, alegando que estaban eximidos de pagar los pechos, prueba de su hidalguía. Durante esos litigios, los enemigos de Lope de León expusieron la condena inquisitorial que Leonor Rodríguez de Villanueva, bisabuela del salmantino, y su hermana Juana sufrieron en 1512 por apóstatas, además de fautoras y encubridoras de herejes. Este antecedente familiar, que el poeta no desconocía, lo perseguiría hasta su encarcelamiento en Valladolid. A la par del pleito de hidalguía que don Lope llevó adelante, el padre del poeta logró ampliar el patrimonio familiar hasta sus últimos días por medio de tierras, casas y mayorazgos con los que supo favorecer a sus hijos. Así, el apartado concluye con el nacimiento de fray Luis en Belmonte, entre 1527 y 1528: Fernández López nos ofrece los escasos datos que se conservan sobre la niñez e infancia del agustino y, sobre todo, destaca que su carácter recio se moldeó al calor de la lucha diaria de su padre por defender lo que consideraba justo: «Tuviese o no la razón de su lado, no dejaría nunca de defender su verdad. Y en todo ello, sin duda, había encontrado en su padre al mejor maestro» (pág. 82).

El segundo apartado, «Los años de formación de fray Luis de León», narra la decisión del joven Luis de León de dejar de lado una carrera de jurista por una vida abocada al estudio. A sus catorce años, fray Luis fue enviado a estudiar Cánones a la Universidad de Salamanca, aunque cuatro o cinco meses después ingresó a la Orden de San Agustín, quizás contra los deseos paternos. Se desconocen los motivos que impulsaron al joven salmantino a tomar aquella decisión, aunque Fernández López señala que «se ha supuesto que el también agustino Gabriel de Montoya, seguramente primo segundo de fray Luis, intervino de manera activa en la elección de la orden» (pág. 86). A pesar de ello, su padre continuó apoyándolo económicamente, lo que permitió al poeta avanzar en su formación intelectual: el 31 de octubre de 1558 obtuvo el título de bachiller en Teología que consiguió en

Toledo; el 7 de mayo de 1560, el título de licenciado en Teología y el 30 de junio, el de maestro. Con esa titulación y el respeto de sus compañeros por su superioridad intelectual, fray Luis podía presentarse a cualquier cátedra de la facultad. El vigente sistema de oposición exponía el clima de tensión y la lucha de poder en el ámbito universitario: la histórica rivalidad entre agustinos y dominicos no solo intervenía en las posibilidades del poeta de ganar una cátedra, sino que posteriormente tendría influjo en su proceso inquisitorial.

A continuación, el tercer capítulo, «Fray Luis de León, profesor de la Universidad de Salamanca. De santo Tomás a Durando», se centra en la consolidación del agustino como profesor universitario, un período de cuatro o cinco años que él mismo habría considerado como el más feliz de su vida. Esta época de bonanza se inicia con la victoria de fray Luis en la oposición por la cátedra de Santo Tomás, en diciembre de 1561, por una abrumadora mayoría de votos. A pesar de ser la plaza peor pagada de la Facultad de Teología, el agustino se sentía orgulloso de haber alcanzado aquella meta tan deseada: sus clases se convertirían en las más concurridas y elogiadas por los estudiantes. Luego de pasar unas semanas en Granada en septiembre de 1562, a causa del sepelio de don Lope de León, fray Luis vuelve a Salamanca para iniciar un nuevo curso en octubre de ese mismo año. Por esas fechas, el poeta ya debía de tener casi acabada su *Exposición romance del Cantar de los Cantares*, compuesta para Isabel Osorio, quien deseaba conocer cómo sonaría aquel libro en una versión romance. Si bien el maestro volvería dos décadas más tarde a desentrañar los sentidos del Cantar de los Cantares en su *Explanatio latina*, su *Exposición romance* difiere de aquella por su naturaleza privada y casi clandestina, que le permitió tomarse ciertas licencias: «El carácter secreto de este tipo de tratados escriturísticos [...], ajeno en cualquier caso a la aprobación pública, modelaba sin duda el modo más desembarazado de afrontar la exégesis que recogían sus líneas y la singularizaba» (pág. 190). En su *Exposición romance*, fray Luis se sumó a las interpretaciones de Cipriano de la Huerga, quien concebía al texto bíblico como un poema amoroso que explicaba su exaltación de lo erótico y lo amatorio. Sin dudas, esta lectura escandalizó a los partidarios de la interpretación alegórica y a los teólogos formados bajo la tradición escolástica medieval. A continuación, Fernández López se detiene en la oposición de la cátedra de Durando que ganó fray Luis en marzo de 1565 y que, al igual que las anteriores, «demostraba que el sistema establecido en la época no solo generaba un sinfín de problemas, sino también las mayores enemistades entre las congregaciones más poderosas» (pág. 210). Y si de

enemigos se trata, el autor concluye el capítulo con el plan que Bartolomé de Medina y León de Castro pusieron en marcha para desacreditar al maestro salmantino y que luego conduciría a su proceso inquisitorial. Si bien el accionar de estos teólogos respondía a rencores y disputas universitarias, Medina presentó el proceso contra fray Luis como una cuestión de doctrina y escuela: «Se trataba de erradicar un nuevo modo de explicar la escolástica, tendente a ‘novedades’, cuando no a ‘herejías’, que estaba empezando a modernizar la ciencia teológica y a sacarla de la oscuridad medieval, apoyándose en los avances de la filología» (pág. 281).

Aquellas mismas enemistades fueron la puerta de entrada al encarcelamiento del poeta a manos de la Inquisición, cuyo proceso detalla Fernández López en el capítulo «El proceso inquisitorial de fray Luis de León». Tras la epidemia de tabardete en la primavera de 1571, Bartolomé de Medina inició su plan: convocó a varios estudiantes en su celda, con la intención de obtener información que pudiera perjudicar a fray Luis, Gaspar de Grajal y Martínez de Cantalapiedra. Pese a que Medina les había obligado a jurar silencio, un estudiante le confesó a fray Luis la estratagema que se estaba urdiendo contra él y sus colegas. Al poco tiempo, el agustino supo de las diecisiete proposiciones que recopiló Medina, extraídas de la doctrina que supuestamente habían impartido en sus clases, que «concernían a la interpretación amorosa del Cantar, a la inexistencia de promesas de vida eterna en el Antiguo Testamento; a los errores de traducción de la Vulgata, y a la predilección por los exégetas judíos, frente a los santos padres» (pág. 288). Sin embargo, como ya anunciaba el tenso clima universitario, el proceso no lo originaron razones teológicas, sino la envidia y el rencor. Así, la estrategia de Medina dio sus frutos, pues el 27 de marzo de 1572 fray Luis fue encarcelado en Valladolid, en cuya cárcel permaneció casi cinco años, hasta diciembre de 1576. Los diversos documentos que Fernández López incluye en este apartado dan cuenta no solo del ahínco con el que el agustino defendió su doctrina, sino, sobre todo, de los altibajos de su estado de ánimo. La lentitud de la burocracia inquisitorial solo aletargaba el padecimiento de fray Luis, quien expresó que «habiendo tres años y medio que estoy preso y habiendo vuestras mercedes prendido todas las personas de quien pudieron pensar que tenían trato de letras conmigo, no han hallado contra mí cosa alguna, porque es imposible hallar lo que no hay» (pág. 313). Tras los constantes reclamos de celeridad del maestro e incluso del Consejo, quizás motivados por la muerte de Gaspar de Grajal durante su encarcelamiento, fray Luis fue absuelto y recibido en la Universidad el 30 de diciembre de 1576. A la salida de la cárcel, entre 1577 y 1578, el

agustino tradujo algunos salmos y compuso varios poemas, aunque debemos recordar que la cronología de la producción poética luisiana es incierta. También comenzó a escribir la *Exposición romance del Libro de Job*, que concluiría en 1591, pocos meses antes de fallecer. En 1580 publica dos comentarios latinos, frutos de su proceso inquisitorial: *In Cantica Canticorum Salomonis explanatio*, que encerraba una respuesta a las críticas sobre su *Exposición romance del Cantar de los Cantares*, y su comentario al salmo XXVI, *In psalmum vigesimum sextum explanatio*.

En el capítulo «Entre el éxito y la muerte. Los años de madurez y producción impresa», Fernández López se detiene en la última etapa de la vida del agustino, que comprende su regreso a la vida pública tras los años de encarcelamiento y su consolidación como una figura intelectual incuestionable, hasta sus últimos días. El apartado se inicia con el recibimiento triunfal de fray Luis a la Universidad y su pedido de un partido de Teología que, si bien no le reportaba mayor prestigio que su antigua cátedra, sí le otorgaba un salario mejor. A ella se sumaría luego, en agosto de 1578, la cátedra de Filosofía Moral que opositó contra Francisco Zumel, desde luego con las tensiones y acusaciones propias de este tipo de instancia académica. Al ganar con soltura esta cátedra vitalicia en la que podría jubilarse, el salmantino debió incorporar el título de maestro en Artes, que obtuvo en octubre de ese mismo año. Sin embargo, su paso por la cátedra de Filosofía Moral fue efímero, pues el 27 de septiembre de 1579 fallecía Gregorio Gallo, quien estaba al frente de la cátedra de Biblia, y el poeta no iba a dudar en optar a ella. Como señala Fernández López, la oposición encerró todo un escándalo y no faltaron las acusaciones cruzadas entre dominicos y agustinos: durante meses, fray Luis y su rival Domingo de Guzmán tuvieron una acalorada disputa que incluyó comentarios que ponían en duda las doctrinas de uno y otro, disturbios entre estudiantes e incluso pintadas en las paredes de las Escuelas. Finalmente, en diciembre de 1579 el salmantino ganó la cátedra, en la que abordó lecturas bíblicas de libros como el de Eclesiastés o de Abdías. Pocos meses después, se iniciaría el llamado «segundo proceso» contra fray Luis, cuyo germen se remonta a algunas afirmaciones durante su participación en un acto menor de Teología, que generaron sospechas doctrinales y dieron lugar a una nueva denuncia inquisitorial. La investigación estuvo a cargo del inquisidor Juan de Arrese, quien entrevistó a distintos testigos y analizó las proposiciones contra el agustino. El maestro tuvo la oportunidad de defender sus afirmaciones, por lo que la investigación concluyó provisionalmente en junio de 1582. Dos años más tarde, en febrero de 1584, logró entrevistarse con el inquisidor general Gaspar de Quiroga y obtener la resolución definitiva, que se limitó a una amonestación. Tiempo después, fray

Luis llevó adelante una intensa labor académica, como la publicación de *De los nombres de Cristo* y *La perfecta casada* en 1585, o su participación en la edición de la obra de santa Teresa en 1587, que refleja su decisión de alejarse progresivamente de las discusiones universitarias y dedicarse a otras tareas que contribuyeran a su paz. El capítulo concluye con la muerte de nuestro poeta, el 23 de agosto de 1591 en Madrigal de las Altas Torres, y el traslado de su cuerpo al convento de San Agustín. Con el paso del tiempo, sus restos quedaron sepultados entre las ruinas del convento: en marzo de 1856 se llevó adelante una excavación, en la que encontraron la caja de madera en que se había trasladado el cuerpo del poeta. Sus restos se exhumaron el 13 de marzo de 1856 con gran júbilo y puestos en una urna de la capilla universitaria de San Jerónimo de Salamanca, donde residen hasta la actualidad.

La biografía del agustino concluye con el apartado «'Ab ipso ferro'. Más que un lema, un carácter», que comprende dos momentos: por un lado, Fernández López recapitula los momentos centrales de la vida de fray Luis y, por otro, analiza su personalidad. Al respecto, el autor plantea que esta tiene dos dimensiones, ya que, mientras el salmantino se mostraba al ámbito universitario como un hombre orgulloso, combativo y seguro, con sus amigos más cercanos y queridos dejaba aflorar su sensibilidad. Sin dudas, en el proceso inquisitorial se vislumbra un fray Luis muy humano, una persona que por momentos era capaz de enfadarse sin restricciones y, muchos otros, en la intimidad de su ser, daba rienda suelta a la añoranza y desconsuelo.

Por el momento, basten estos apuntes para presentar una biografía en la que Sergio Fernández López esboza el lado más personal y tangible de uno de los poetas más importantes del Siglo de Oro español. En su último capítulo, el autor nos confiesa que su «intención ha sido no mostrar a un hombre de cartón piedra, sino de carne y hueso, con su orgullo y arrogancia, sus miedos y sus dudas» (pág. 464) y creemos que ha conquistado su empresa con creces, valiéndose de una prosa clara, organizada y amena, que cualquier lector dispuesto a adentrarse en la figura del salmantino sabrá valorar y agradecer.